

HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Manuel. *Medicina e Ilustración en Canarias y Venezuela*. Santa Cruz de Tenerife: Ediciones Idea. Colección Gabinete de las Luces, 2010, 283 pp.

Conocidas, por su larga trayectoria de más de cincuenta libros y de numerosos artículos, son las líneas de investigación del profesor Manuel Hernández González, que se han centrado esencialmente en tres grandes ámbitos: 1) Los estudios y ediciones de libros de viajes de las edades Moderna y Contemporánea; 2) El análisis, con metodología renovadora y con una gran masa documental como fondo de todos sus trabajos, de las mentalidades en Canarias, tanto durante la Edad Moderna como, también, sobre los inicios de la Contemporaneidad; y 3) Las relaciones entre Canarias y América, con especial referencia a Venezuela y, en general, al área del Caribe.

Y el texto que reseñamos —que ha contado con el patrocinio del Instituto Universitario «La Corte en Europa» de la Universidad Autónoma de Madrid— se inserta precisamente en el último de los aspectos que acabamos de mencionar, ya que, como su mismo título indica, se trata de un análisis —basado en amplias fuentes documentales— de la labor llevada a cabo por los médicos en la segunda mitad del siglo XVIII en territorio canario y venezolano.

Manuel Hernández, fiel a su trayectoria como investigador de raza, conocedor profundo y metódico de los archivos canarios, nacionales y americanos, tanto públicos como privados, nos despliega en esta publicación su habitual erudición sobre temas americanistas, con su característico estilo ameno y fluido, teniendo como telón de fondo su constante preocupación por estudiar las conexiones de Canarias con el Nuevo Mundo, y, en particular, los vínculos que hicieron que las Islas gozaran como nunca de una extraordinaria proyección exterior, gracias a sus hijos más notables.

El profesor Hernández es uno de los grandes especialistas sobre el tema de la Ilustración en España, uno de los períodos más importantes para el desarrollo de la cultura en las Islas, como bien lo prueba la existencia de una pléyade de intelectuales como José Viera y Clavijo, el clan de los Iriarte, Agustín de Betancourt, entre otros, que alcanzaron una dimensión nacional y/o internacional, que nuestro autor ha estudiado en su ya clásico libro *La Ilustración* (1988) y en otros trabajos de ineludible referencia en toda investigación sobre el Siglo de las Luces en el Archipiélago. Su labor investigadora en esta línea no se ha limitado al estudio de figuras relevantes en el ámbito europeo, sino que, en una dimensión más amplia, y como americanista que es, ha abordado la impronta de los canarios en su proyección en el Nuevo Mundo. Manuel Hernández se sumerge así en la historia y nos descubre cómo se configuran los grandes universos culturales generados a partir del marco isleño, puente entre las dos orillas del Atlántico.

Normalmente la idea general del proceso de emigración que experimentaron los canarios a América en diferentes épocas es la que nos habla de sectores sociales de escasos recursos de la población (agricultores, campesinos), que marcharon al Nuevo Mundo para hacer fortuna, pero también hay que tener en cuenta a familias de comerciantes y de la burguesía que intentaron progresar social y económicamente con el comercio canario-americano, especialmente con el tráfico de cacao y tabaco. Es cierto que, entre los canarios llegados a América, los médicos representan un sector minoritario, pero con una significativa influencia, como ha puesto de relieve el profesor Hernández en este libro.

La obra objeto de esta reseña comienza con el análisis de la actividad desarrollada por médicos canarios, teniendo presente a los antecedentes inmediatos en el ámbito de la medicina en época de efervescencia

ilustrada, especialmente la labor de Carlos Yáñez y Domingo Madan, galenos preilustrados que ejercieron su labor en La Laguna.

Creo que ha sido un acierto en el estudio que realiza Manuel Hernández la relación que establece entre la trayectoria biográfica de los médicos con la coyuntura socio-política en que les tocó vivir, analizando las mentalidades de los galenos ilustrados, las redes sociales que fueron creando en su entorno, la implicación de algunos de ellos en el proceso de Independencia y dando cuenta asimismo de la existencia de significativas bibliotecas personales (como la de Thomas Heberden, Domingo Saviñón o Miguel Carmona) que sirvieron de apoyo documental para el proceso de evolución de la ciencia médica en el período de las Luces.

Hay que entender cómo se encontraba la medicina en el siglo XVIII, en una época en que, a pesar de los avances experimentados desde el siglo XVII con el método científico, aún se consideraban las enfermedades directamente relacionadas con el tipo de aire de las regiones (siguiendo la concepción hipocrática), no contemplándose que su transmisión se realizase muchas veces por el contacto con las ratas o los piojos. Es una época en que la medicina y la cirugía aún estaban separadas, teniendo la segunda una menor valoración y prestigio sociales. En el período ilustrado, a la par que las ideas vinculadas al racionalismo y experimentalismo se aplicaban a la medicina, aumenta el prestigio de los médicos, a diferencia del siglo anterior, en que, como se percibe en el célebre poema de Quevedo «Sangrar ayer, purgar hoy», era una profesión con frecuencia desacreditada. Es una época, ésta la ilustrada, en que se intentan separar por primera vez las figuras del barbero y la del cirujano, hasta entonces actividades desempeñadas por la misma persona.

Como es bien sabido, razón y fe es un debate cultural que comienza desde la Edad Media, que recorre la Edad Moderna y llega a alcanzar su tensión máxima a finales del siglo XVIII. La Medicina, en la concepción ilustrada, debía estar, como toda ciencia, basada en la comprobación empírica de los hechos, no en supersticiones y supercherías. Estamos en un tiempo en que, sin embargo, aún predominaba la concepción religiosa de la enfermedad, como castigo divino. Los ilustrados, en el caso español, sin negar la fe, plantean una ciencia basada en la razón y en el empirismo, en beneficio del ser humano. La Ilustración, en este sentido, con su dimensión paternalista de la humanidad, creó una concepción ética de la medicina social, como se refleja en la implantación de la vacuna de la viruela, tras el descubrimiento de Edward Jenner, así como en el intento de mejorar las condiciones higiénicas y, en general, en la prevención de las enfermedades. Un buen ejemplo que refleja este carácter filantrópico fue, sin duda, la expedición del alicantino Francisco Javier de Balmis realizada entre 1803 y 1814 hacia las colonias españolas de América y Filipinas para la implantación de la vacuna.

En este debate entre razón y fe, es interesante ver en el estudio de Manuel Hernández cómo gran parte de los médicos canarios fueron sometidos a procesos inquisitoriales, por sus ideas renovadoras e ilustradas, como se observa en los casos de Carlos Yáñez, Domingo Saviñón, Juan Antonio Perdomo o Thomas Heberden. También es importante —y así lo ha subrayado el autor de esta investigación— destacar en el ámbito canario la influencia foránea de algunos médicos que dieron un notable impulso a la medicina en las Islas, como es el mismo caso del ya mencionado científico inglés Heberden, del irlandés Domingo Madan (padre de Ricardo, catedrático de hebreo en los Reales Estudios de San Isidro en Madrid), del escocés Juan José

Waugh, del italiano Juan Batista Bandini o de Diego Armstrong, hijo de un inglés convertido al catolicismo.

La obra objeto de esta recensión se estructura en tres bloques. En la primera parte se analizan figuras señeras de la medicina en Canarias, como la de Domingo Saviñón, que alcanzaría una gran reputación como galeno, siendo uno de los pioneros en la experimentación de la vacuna de la viruela, prohibida en España hasta 1800; también se estudia la labor e ideología del célebre médico palmero ilustrado Antonio Miguel de los Santos, que siendo de origen humilde, alcanzó una posición social intermedia, a pesar de haber generado en torno suyo una gran conflictividad (especialmente en La Palma, en el Cabildo de Tenerife y en la Real Sociedad Económica de Tenerife), motivada por el propio carácter del personaje, así como por los recelos despertados entre la elite, que lo consideraba un advenedizo.

Tras un análisis de los principales galenos canarios, la segunda parte de la obra se detiene en la labor de los isleños médicos en América, señalando que la medicina (implantada como ciencia en la Universidad venezolana en 1763) fue por entonces la principal disciplina universitaria de los canarios en Venezuela —ya presentes como galenos desde el siglo XVII—, y que ante la escasez de médicos en el país del Orinoco, la presencia del isleño en el ambiente médico debe ser tenida muy en cuenta.

Manuel Hernández dedica en su estudio interesantes páginas, dada la relevancia del personaje, a la gran figura del ilustrado Juan Antonio Perdomo Bethencourt, destacando su labor en la inoculación de la viruela (o variolización) —procedimiento empleado antes de la implantación de la vacuna—, poniendo además en relación la gran influencia social que alcanzó como galeno con su dimensión política y destacando asimismo los dos procesos inquisitoriales a los que fue sometido. Otros médicos canarios, como José Domingo

Díaz, Cristóbal Peraza de Ayala o José Luis Cabrera Charbonier, ocupan las siguientes páginas del libro, antes de pasar a la última sección que conforma esta investigación del profesor Hernández, centrada en aspectos biográficos, ideológicos y sobre la labor desarrollada por los hijos de canarios en el escenario médico venezolano. Una línea que se perfila detrás de la formación de estos vástagos de insulares en el Nuevo Mundo es la de alcanzar un ascenso social y una reputación intelectual entre la población venezolana. Personalidades como José Francisco Molina, primer catedrático criollo, José Ángel del Álamo o José Joaquín Hernández, entre otros, figuran en las últimas páginas del libro, que se ha visto completado —y es de agradecer en este tipo de obras en que aparece una gran cantidad de personas y familias— con un índice de nombres que permite al lector una consulta e identificación rápidas de los médicos y personajes en general mencionados en la obra.

Rafael Padrón Fernández